

Maquiavelo y el maquiavelismo

Por Mercedes Calzon Flores

No creo que haya peor ejemplo en una república que el hacer una ley y no observarla, sobre todo si quién incurre en esta falta es su autor.

Nicolás Maquiavelo
Discursos I, XLV.

Introducción

Pensador del siglo XVI, Nicolás Maquiavelo nació en Florencia en el año 1469. Ejerció la actividad política durante la mayor parte de su vida, ocupando la Segunda Secretaría de Asuntos Exteriores y de Guerra del estado Florentino; cargo que debió abandonar en 1512 como consecuencia de la restauración de los Médicis (Jmelnizky, 2005:67). Ya alejado de la actividad política, escribió en 1513 una de sus obras más célebres, *"El Príncipe"*. La misma fue publicada con posterioridad a su muerte y tenía como objetivo el de recobrar el favor de Lorenzo el Magnífico, al que se la dedicará. Por esos años Maquiavelo escribió también *"Discurso sobre la primera década de Tito Livio"* (1519), donde manifestará una clara reivindicación del modelo republicano.

Ferviente partidario de la unidad italiana, cuya obtención no alcanzará a ver, orientará todo su esfuerzo a la realización del proceso de consolidación de un Estado moderno, tal como ocurría en otros países europeos, como son Francia, Inglaterra y España. Sumergido en la complejidad de un siglo que implicó la decadencia del feudalismo y el surgimiento incipiente de la modernidad, Maquiavelo desarrolla una nueva forma de pensar el poder, que iremos analizando en estas páginas y por la cual será considerado el padre de la ciencia política. En primer lugar, realizaremos una reseña histórica, en la que se desarrollarán los procesos sustanciales de los siglos XV y XVI, y sus antecedentes principales. Luego se abordará la cientificidad en su obra y el modo particular de emplear la historia como instrumento para la elaboración de generalizaciones que sirvan a los príncipes para gobernar. Y en tercer lugar se tratará la secularización, punto nodal de su pensamiento. Por último, abordaremos algunos temas tratados en *El Príncipe*, tales como la utilización de la violencia, la naturaleza del hombre, su oposición a la Iglesia Católica y el desdén por los ejércitos mercenarios; como así también, la forma de gobierno necesaria ante condiciones particulares de un Estado en desorden o crisis.

Pensador clásico que con lucidez quebró la tradición medieval de asociar la política a la moral, consideró que ambas eran esferas diferenciadas y por consiguiente, se debían estudiar por separado. Maquiavelo, morirá el 22 de junio de 1527 sumido en la pobreza. De él se dirán las cosas mas disimiles; desde ser

propuesto para su canonización hasta ser tratado como el anticristo moderno. La historia le dará su justo lugar.

Del feudalismo al Estado moderno

El feudalismo surge en Europa occidental durante el siglo X, alcanzando su apogeo en el siglo XIII. Los tres actores principales de esta etapa histórica son el señor feudal, propietario de la tierra, el siervo, encargado de trabajarla, y la Iglesia, representante de los valores teológicos dominantes. Las monarquías, en cambio son figuras ceremoniales que carecen de verdadero poder (Jmelnizky, 2005:69). Entre los siglos XII y XIII aparece una nueva figura, la del trabajador estacional. Campesinos despojados de sus tierras que por ende se encuentran obligados a ofrecer su trabajo por el día de paga. Al hacerlo, algunos de ellos logran afirmarse en el plano económico y si bien conquistan algunos derechos civiles, no ven mejorar su situación en el plano político.

A mediados del siglo XIV el modelo feudal entra en crisis y la institución de la servidumbre disminuye. Se producen también largos períodos de hambrunas y epidemias, reduciéndose considerablemente la población, lo que deriva en una caída de la producción y en un abandono de las tierras. De este modo, durante el siglo XV, la población urbana aumenta producto de la migración del campo a la ciudad y se inicia la formación de nuevos tejidos demográficos; causa y consecuencia de la mejora en las condiciones higiénicas, de la innovación en el sistema de abastecimiento hidráulico urbano, el reemplazo de las construcciones de madera por la piedra; en síntesis, una mejora en la infraestructura y calidad de vida. A lo largo del siglo XVI continúan los movimientos migratorios desde el campo, alentados por la posibilidad de adquirir trabajo. Las ciudades en proceso de expansión demográfica, comercial y productiva ostentan un aumento en la oferta de mano de obra, variable que permite mantener bajos salarios. Poco a poco irá desarrollándose una nueva categoría social proveniente de los "burgos", pequeños núcleos poblacionales reunidos alrededor fortificaciones y/o palacios medievales, donde se desplegaban de modo efectivo relaciones comerciales.

La conquista española de suelos americanos en el siglo XV impulsa el comercio internacional a partir del descubrimiento de "otros mundos" y la obtención de metales preciosos. De esta manera, al iniciarse el siglo XVI nos encontramos con la expansión financiera y demográfica europea que caracterizará a este período, produciendo importantes transformaciones no solo en el plano económico sino también en el social y político. Así lo expresa Martín Lutero en el año 1521: "Si se leen todas las crónicas, no se encontrará, después del nacimiento de Cristo, nada que pueda compararse con lo que se ha producido entre nosotros en los últimos cien años" (Romano, 1980:257).

Sin embargo, estos cambios no implican una ruptura total con el pasado, ya que el desarrollo del mercantilismo, iniciado en Italia con anterioridad al siglo XVI, dejará

subsistir todavía durante mucho tiempo los rasgos esenciales de una economía rural tradicional y de una sociedad aristocrática que se manifiesta en el régimen señorial (Touchard, 1964:197). Maquiavelo escribe en un momento de transición en el que las estructuras feudales no terminan de desvanecerse y los componentes propios del Estado moderno no acaban de afirmarse. Nos encontramos ante un escenario cambiante y de transición, donde las antiguas estructuras feudales comienzan a resquebrajarse a la vez que se afirman paulatinamente nuevas formas de organización política. Por un lado, los señores feudales, respondiendo a una tendencia centrífuga, ejercen su jurisdicción sobre sus feudos, vasallos y siervos. Si bien reconocen la autoridad de un soberano, el poder central es débil y no estructurado. De esta manera, los señores feudales aparecen como el principal obstáculo a la consolidación de una autoridad gubernamental concentrada. Por otra parte, el desarrollo del comercio impone nuevos requerimientos, tales como una moneda común para zonas amplias, requisito que solo podía satisfacer un sistema político expandido y centralizado.

Es en este sentido que el historiador Jean Touchard (1964) afirma que en el siglo XVI Europa estaba constituida por cuerpos políticos sumamente distintos: "Junto a reinos diversamente organizados, pero ya sólidamente implantados en su independencia nacional, existen repúblicas urbanas y señoríos nacidos en torno a una ciudad, así como principados laicos o eclesiásticos, cuya autonomía es tan efectiva en Alemania como en la Italia desmembrada de la ficción misma del poder imperial" (Touchard, 1964:198). Teniendo en cuenta esta situación es posible considerar que las monarquías absolutas surgentes son revolucionarias, ya que han producido de modo exitoso un profundo y efectivo proceso de concentración administrativa sobre diversas y pequeñas soberanías territoriales, dando paso a un nuevo momento histórico como lo será el surgimiento de los Estados nacionales.

En este contexto, ya desde el siglo XV en España, Francia e Inglaterra se afirma el poder de los reyes, y de esta forma comienza a sentarse las bases de los Estados modernos. Para que un Estado pueda llamarse de este modo es necesario que cuente con características tales como el establecimiento de un poder central suficientemente fuerte, una cierta unidad territorial, la reducción del poder feudal - hasta su supresión - y la creación de la burocracia, el ejército, la diplomacia y las finanzas (Romano, 1980:269). Sin embargo, Italia no posee estas características, por lo que queda rezagada y sus divisiones intestinas no permiten dar un paso adelante en la modernización del estado. De ahí que Burnham (1986) plantee que Italia se encuentra por ese entonces en una especie de disyuntiva: mantener el rumbo por el que se encausa, conservando su estructura política y sumiéndose en el atraso económico y cultural ó seguir el camino de la unificación y la organización nacional (Burnham, 1986:45). No obstante, nos encontramos con una Italia dividida: en el sur, atrasado y predominantemente rural, prevalecen relaciones feudales; en el norte, la "mayor parte del territorio estaba subordinado a pequeñas ciudades-estados: Venecia, Milán, Florencia, Génova, Ferrara y Bolonia, siendo las tres primeras, las más poderosas" (Burnham, 1986:42). En el centro, una de las causas principales de la situación italiana: los estados papales, que si bien

no eran lo suficientemente fuertes como para dominar Italia, impedían que cualquier otro poder lo hiciera. Ante esta situación de fragmentación, Maquiavelo se plantea la idea de convertir a Italia en una nación, tarea que debe llevarlo necesariamente a confrontar con el poder de Roma, trabajando en la construcción de un poder similar y opuesto que permitiera la unificación del territorio.

En las condiciones imperantes en la Europa de ese entonces, será "el príncipe" el que se convertirá en la figura central de la unificación. Ante una Iglesia que temía perder su poder y unos señores feudales que veían amenazados sus privilegios, el único capaz de llevar a cabo este proceso será aquel que encarne el liderazgo suficiente como para centralizar la soberanía contrarrestando la tendencia centrífuga propia del feudalismo. Para ello, resultaba fundamental la alianza desarrollada con la incipiente burguesía que, si bien carecía de poder político, se iba afianzando en el plano económico. Así, se irán consolidando los dos grandes actores de este período: el monarca y la burguesía; el primero representando al nuevo poder político; la segunda al nuevo poder económico. Naciones como Francia, Inglaterra o España fueron arraigadas mediante la intervención de un príncipe. Maquiavelo considera que Italia debía seguir estos ejemplos, más aún porque las divisiones políticas son acentuadas. Aquí la unificación es más compleja, ya que Italia se encuentra profundamente dividida, lo que se agrava con la presencia de la Santa Sede y las intervenciones extranjeras. En este punto observamos que la transformación que venimos describiendo es acompañada por un cambio en el pensamiento y en las ideas políticas al elaborarse la doctrina absolutista (concepción opuesta a las teorías políticas que prevalecían en la sociedad feudal, contrarias a la existencia de un poder único).

Esta es, justamente, la motivación principal de Maquiavelo para escribir "El Príncipe", plasmada con especial nitidez en dos momentos de la obra: la dedicatoria y el capítulo final, al que titula "Exhortación para librar a Italia de los bárbaros". Sin embargo, este no era el único propósito: al finalizar la obra, el florentino manifiesta su deseo de que los Médicis sean los artífices de la tan ansiada unificación nacional italiana:

"Después de tantos años de expectación aquietante, Italia espera que aparezca, al fin, su redentor en el tiempo presente. No puedo expresar con cuánta fe, con cuánto amor, con cuánta piedad, con cuántas lágrimas de alegría será recibido en todas las provincias que han sufrido los desmanes de los extranjeros. ¿Qué puertas estarían cerradas para él? ¿Qué pueblos le negarían la obediencia? ¿Qué italiano no le seguiría? Todos se hallan cansados de la dominación bárbara. Acepte, pues, vuestra ilustre casa este proyecto de restauración nacional con la audacia y con la confianza que infunden las empresas legítimas, a fin de que la patria se reúna bajo vuestras banderas y de que bajo vuestros auspicios se cumpla la predicción del Petrarca: *El valor peleará con furia, y el combate será corto, porque el denuedo antiguo aún no ha muerto en los corazones de los italianos.*" (Maquiavelo, 1968:201)

En síntesis, Maquiavelo será el gran arquitecto que planificó la unión nacional de Italia. Unificación necesaria para que salga del atraso y pueda dar el paso adelante en su propia constitución como Estado moderno. Para ello, es necesario contar con un poder ordenador, con el objetivo de llevar a cabo este proceso de transformación y afirmación de las nuevas estructuras. De alguna manera, encontramos en Maquiavelo una doble motivación: por un lado, los aspectos nacionalistas y por el otro, dejar plasmados ciertos conceptos y reglas necesarias para un liderazgo efectivo, que solo podrá ser esgrimidas por un príncipe.

Cientificidad e historia

Maquiavelo se expresa con el objetivo de que el significado de sus palabras pueda ser puesto a prueba en función del mundo real. Rompiendo con la tradición previa, no describe principios generales que en teoría gobiernan la naturaleza del hombre y la sociedad, sino por el contrario, su punto de partida está en la observación y serán los hechos los que ocupan el primer plano. Tomando un ejemplo de Burnham (1986), si los hechos muestran que los gobernantes mienten frecuentemente, entonces esa generalización tiene prioridad sobre una ley contraria que establece que los hombres sienten amor por la verdad. De este modo, son los hechos los que tienen verdadera importancia, ya que a partir de ellos podemos arribar a generalizaciones acerca del comportamiento de los hombres. Esto es clave, debido a que nos obliga a dejar de lado los principios, que no describen el real funcionamiento de una sociedad, sino poner el énfasis en la observación de la conducta humana como verdadera referencia del comportamiento social. Maquiavelo considerará entonces a la política como el estudio de las luchas de poder, y al delimitar el campo deja bien en claro que se discute sobre algo existente y no sobre un ideal teórico (Burnham, 1986:50). En suma, busca explicar la realidad tal como es, no como debería ser desde un punto de vista ideal o moral. Esto tiene que ver también con el hecho de que desde su perspectiva, si un hombre vive de acuerdo a los principios morales en su vida política, lo más probable es que no obtenga resultados positivos, y en el caso del príncipe además, es posible que no pueda conservar el Estado ni salvaguardar su seguridad. Pero ¿por qué? Porque como veremos más adelante, su visión de la naturaleza humana será definitivamente pesimista.

Por otro lado, el florentino busca realizar generalizaciones a partir del establecimiento de correlaciones entre una serie de sucesos. No le interesa un caso único por sí mismo, sino que busca plantear leyes relacionadas con los sucesos. Para confirmar las generalizaciones que formula, cita ejemplos de distintos periódicos históricos. Pretende de esta forma no confundir modos de actuar propios de un momento particular con los que se repiten sucesivamente a lo largo de la historia.

Cabe destacar que Maquiavelo no elaboró ninguna teoría política sistémica. Su interés primordial era Italia. Sin embargo, los principios del arte de gobernar por él establecidos han sido frecuentemente adoptados y utilizados por gobernantes de distintas partes del mundo en diversos momentos históricos. De esta manera, introduce el estudio de la historia, toma ejemplos de diversos hombres y analiza en cada caso la forma en que actuaron y los motivos que los llevaron a perder el poder o a

conservarlo. A partir de aquí, establece generalizaciones de acuerdo con lo observado, a los hechos analizados. Será de este modo que concluirá que los hombres luchan motivados por conseguir poder y privilegio. Es decir, no parte de un estado ideal hipotético, sino que su punto de partida se centra en la realidad misma. El objetivo es, como dijimos, establecer generalizaciones que nos indiquen las formas de actuar que le permitan al gobernante conservar el poder. En el caso de la obra aquí analizada, *El Príncipe*, Maquiavelo desarrolla ejemplos históricos y los plasma en este tratado, con el fin de brindarle a algún príncipe - preferentemente a Lorenzo el Magnífico - las herramientas necesarias para lograr con éxito unir a la Italia fragmentada:

"Por mi parte, queriendo presentar a Vuestra Magnificencia alguna ofrenda o regalo que pudiera demostraros mi rendido acatamiento, no he hallado, entre las cosas que poseo, ninguna que me sea más cara, ni que tenga en más, que mi conocimiento de los mayores y mejores gobernantes que han existido. Tal conocimiento sólo lo he adquirido gracias a una dilatada experiencia de las horrendas vicisitudes políticas de nuestra edad, y merced a una continuada lectura de las antiguas historias. Y luego de haber examinado durante mucho tiempo las acciones de aquellos hombres, y meditándolas con seria atención, encerré el resultado de tan profunda y penosa tarea en un reducido volumen, que os remito." (Maquiavelo, 1968:9)

El método de Maquiavelo es el histórico inductivo. Realiza un examen comparativo de secuencias de causa-efecto en la historia, a partir de las cuales establece ciertas reglas prácticas de forma generalizada. La historia muestra una determinada línea de acción que conduce o no al logro de los objetivos. De todos modos, hay que tener en cuenta un elemento más: "Si bien la política es entendida como un saber científico, las predicciones de éstas no son infalibles, pues junto a las determinaciones naturales, obra también el azar" (Jmenilzky, 2005:79). Este último, al que Maquiavelo se refiere con el término de *fortuna*, rompe con la concepción medieval que lo explicaba todo a partir de principios religiosos y providenciales. Es así que los hechos históricos que involucran las hazañas de los liderazgos exitosos deberán ser analizados en profundidad con el fin de poner en evidencia los denominadores comunes que le permitirán a Maquiavelo establecer las reglas de la correcta conducción política, construcción del poder y sostenimiento en el tiempo. ¿Pero cuáles serán para el autor del príncipe, las características de un buen liderazgo? Claramente lo expresa en su capítulo VI: la Virtud y la Fortuna. La primera de ellas, que hoy podríamos considerar como las condiciones subjetivas de la acción, es decir aquellas cuestiones que dependen de las propias competencias y capacidades; y que en tiempos de Maquiavelo se interpretarían como la *astucia* de un zorro y la *fuerza* de un león. Y la Fortuna, que bien podría considerarse como las condiciones objetivas de la acción. En pocas palabras, como aquellas cosas que no dependen de los individuos y que suelen estar relacionadas con el azar. No es casual que Maquiavelo aconsejara que el Príncipe aprendiera desde niño, el arte de guerra, su táctica y estrategia, y por otra parte, ejercitara su cuerpo de modo periódico.

La secularización del poder y su concepción instrumental

Las ideas tradicionales planteaban que el comportamiento ético redundaba en un estado de cosas deseable. Sin embargo, Maquiavelo se aleja con esta idea al considerar que los actos de esta índole, no se traducen necesariamente en situaciones ideales (Wolin, 2001:245). De esta manera, quiebra con la concepción medieval del poder -al diferenciarlo de la moral y la religión- y se alza como el primer pensador político moderno, "en tanto que busca excluir de la teoría política todo lo que no parece ser estrictamente político" (Jmenilzky, 2005:78). No son la moralidad o inmoralidad de los medios empleados por los gobernantes lo que importa; en política los actos no se valoran de acuerdo a su moralidad sino con respecto a los resultados. A partir de ahora las acciones políticas no se juzgarán siguiendo criterios morales sino de acuerdo a su valor claramente político. Se hace evidente que la política queda despojada de todo valor moral para dar paso a una técnica aséptica y neutra que la transformará en un instrumento, que los hombres esgrimirán con el fin de satisfacer sus objetivos.

De este modo, considera que no es importante que un príncipe cuente con ciertas cualidades, tales como la clemencia o la rectitud, sino que parezca poseerlas. Si un gobernante no se aparta del obrar moralmente en algunas circunstancias, es probable que pierda su poder, ya que el actuar en todo momento de acuerdo a ella resulta nocivo, mientras que el dar la apariencia de hacerlo puede redundar en beneficios. Como gobernar sin atenerse a los principios morales es sumamente complejo, el gobernante debe simular, aparentar que posee ciertas virtudes. Maquiavelo considera que algunas de las que pueden ser y parecer virtudes, como la buena fe o la caridad, resultan perjudiciales. Cuando el príncipe no hace más que actuar de acuerdo a ellas, crea su ruina, ya que comportarse de otro modo es necesario para conservar el poder. Lo relevante aquí es que, en este caso, no se visibilice que el príncipe actúa de esta manera; su forma de desenvolverse debe permanecer oculta. Por otro lado, pero siguiendo esta misma línea, hay que destacar la relevancia del parecer. Puede suceder que el actuar de acuerdo a comportamientos desviados de la ética conlleve a la seguridad y bienestar del pueblo; sin embargo, es necesario que este modo de proceder no salga a la luz. El comportamiento del príncipe debe parecer siempre bueno, aunque no lo sea. Así lo explica en las líneas siguientes:

"No hace falta que un príncipe posea todas las virtudes de que antes hice mención, pero conviene que aparente poseerlas. Hasta me atrevo a decir que, si las posee realmente, y las practica de continuo, le serán perniciosas a veces, mientras que, aun no poseyéndolas de hecho, pero aparentando poseerlas, le serán siempre provechosas. Puede aparecer manso, humano, fiel, leal, y aun serlo. Pero le es menester conservar su corazón en tan exacto acuerdo con su inteligencia que, en caso preciso, sepa variar en sentido contrario. (...) Su espíritu ha de estar dispuesto a tomar el giro que los vientos y las variaciones de la fortuna exijan de él, y, como expuse más arriba, a no apartarse del bien mientras pueda, pero también a saber obrar en el mal, cuando no queda otro recurso." (Maquiavelo: 1968:136).

Como podemos observar en este párrafo, lo dicho hasta aquí no implica que Maquiavelo estuviera a favor de la inmoralidad, buscando fomentarla por sobre la moralidad. Todo lo contrario, "era perfectamente consciente de que una nación

moralmente degradada y decadente está condenada a la destrucción; él lamentaba la condición moral de Italia y tenía una sincera admiración por las virtudes cívicas del mundo antiguo" (Copleston, 1994:300). Por tal motivo, el príncipe debía obrar de forma ética cuando podía hacerlo, pero cuando se veía obligado a apartarse de lo moralmente correcto, era fundamental que supiera adaptarse y actuar de otro modo, adoptando comportamientos que podrían denominarse como alejados de las buenas conductas.

Sheldon Wolin utiliza el término "actor político" para dar cuenta que el gobernante representa muchos roles y utiliza máscaras variadas. Maquiavelo no retrata al príncipe de manera unidimensional, sino teniendo en cuenta las diversas caracterizaciones a las que debe recurrir para conservar el poder. Dado que las circunstancias cambian, el príncipe debe adaptarse, para lo cual el carácter uniforme y estable no es útil: "(...) porque si para el que se conduce con ponderación y con calma, las circunstancias y los tiempos se tornan de modo que su gobierno sea bueno, prospera, mientras que si cambia sobreviene su ruina, por no haber mudado su modo de obrar" (Maquiavelo, 1968:190). Además, el comportarse siempre de la misma manera implica que los adversarios puedan anticipar fácilmente la forma en la que el príncipe actuará, ubicando a este último en una situación desventajosa frente a los primeros. En circunstancias adversas, entonces, aparece una ética específicamente política. En estos casos, la violación de la ley moral implica la protección de la sociedad, que no puede realizarse actuando de ninguna otra manera. Es decir, Maquiavelo no considera "que la actividad política debiera ser conducida sin criterios éticos, sino que no se podía importar estos criterios del mundo externo" (Wolin, 2001:246); la política tiene una ética propia: una ética política, diferente de la ética privada.

Con respecto a la religión, Maquiavelo la considera necesaria para el bienestar de una nación, pero en ningún momento valora este elemento por su contenido teológico, es decir, nunca se pregunta si el dogma es verdadero o no. Simplemente, se limita a valorar el rol que la religión desempeña en la política, la manera en que la primera influye sobre la segunda. Partiendo de esta base, el florentino desprecia el gobierno de los sacerdotes y el poder temporal de la Santa Sede, ya que esta última es una de las grandes responsables de la situación de Italia y su imposibilidad de unificarse. Desde su punto de vista, ésta no tenía fuerza suficiente para unificar Italia, pero era lo suficientemente fuerte como para impedir que otros lo hicieran; convirtiéndose en uno de los culpables de que Italia estuviera desunida y dividida. Por último, cabe destacar que esta secularización, la separación entre la moral y la política, llevó a la creación del concepto de *Maquiavelismo*, que usualmente es utilizado "para indicar un modo de actuar, tanto en la política como en todos los sectores de la vida social, falsa y sin escrúpulos, que implica el uso, más que la violencia, del fraude y el engaño" (Bobbio, 2000:935). Partiendo de esta visión un tanto simplista, se suele decir que "el fin justifica los medios". Sin embargo, tal como lo vimos hasta aquí se basa en un análisis errado y reduccionista de la teoría de Maquiavelo, que no plantea la utilización de estos elementos de forma indiscriminada y sin motivo alguno, sino fundada en las circunstancias y orientada a determinado fin.

En síntesis, podemos afirmar que "La política es un arte racional en sus principios, que recoge en sus cálculos fundados sobre regularidades, todos los datos accesibles de la

experiencia, y es también un arte positivo en el sentido que rechaza toda discusión sobre los valores y los fines." (Touchard, 1964:205)

La naturaleza humana y el uso de la violencia

Otra de las causas por la que los príncipes deben actuar de la forma que venimos describiendo es que no están rodeados de personas que actúan de buena fe; "los hombres son siempre malos, a no ser que se les obligue por la fuerza a ser buenos" (Maquiavelo, 1968:182). Es decir, los gobernantes no se comportan de acuerdo a los lineamientos morales porque los hombres en general tampoco lo hacen. Por lo tanto, si los primeros actuaran de esta manera, podrían resultar perjudicados; "(...) es necesario que un príncipe que desee mantenerse en su reino, aprenda a no ser bueno en ciertos casos, y a servirse o no servirse de su bondad, según las circunstancias lo exijan" (Maquiavelo, 1968:118).

Vemos plasmada aquí una concepción antropológica negativa en Maquiavelo, para quien "los hombres son ingratos, volubles, disimulados, huidores de peligros y ansiosos de ganancias" (Maquiavelo, 1968:129). Dadas estas características, sería ilógico que los gobernantes se comportaran de modo bondadoso cuando los gobernados no lo hacen:

"Cuando un príncipe dotado de prudencia advierte que su fidelidad a las promesas redundará en su perjuicio, y que los motivos que le determinaron a hacerlas, no existen ya, ni puede, ni siquiera debe guardarlas, a no ser que consienta en perderse. Y obsérvese que, si todos los hombres fuesen buenos, este precepto sería detestable. Pero, como son malos, y no observarían su fe respecto del príncipe, si de incumplirla se presentara la ocasión, tampoco el príncipe está obligado a cumplir la suya, si a ello se viese forzado." (Maquiavelo, 1986:134)

Puede ser pernicioso que el príncipe confíe en los hombres, seres cambiantes que ofrecen todo cuando necesitan del primero, pero que se rebelan cuando éste ya no es útil. Por eso dice el florentino que vale más ser temido que amado:

"Los hombres se atreven más a ofender al que se hace amar que al que se hace temer, porque el afecto no se retiene por el mero vínculo de la gratitud, que, en atención a la perversidad ingénita de nuestra condición, toda ocasión de interés personal llega a romper, al paso que el miedo a la autoridad política se mantiene siempre con el miedo al castigo inmediato, que no abandona nunca a los hombres." (Maquiavelo, 1986:129)

Sin embargo, si un príncipe es temido sin ser amado, debe evitar que lo aborrezcan. Para ello, no podrá derramar la sangre de sus súbditos sin suficiente justificación y principalmente, robarles, ya que "los hombres olvidan más pronto la muerte de su padre que la pérdida de su patrimonio" (Maquiavelo, 1986:130). Cuando el príncipe tenga que mantener unidas a sus tropas, en cambio, no es perjudicial que adquiera fama de cruel, ya que ello le permitirá conservar la unidad. Partiendo de esta concepción del hombre egoísta, cambiante y maleable, Maquiavelo considera que el

buen gobierno solo puede concretarse por medio de hombres astutos y hábiles que, como mencionamos anteriormente, se adaptan a las circunstancias y varían su accionar de acuerdo a ellas. Es importante que el príncipe sepa encubrir y disimular, ya que los hombres son simples y por ende, fáciles de engañar: "Cada cual ve lo que el príncipe parece ser, pero pocos comprenden lo que es realmente, y estos pocos no se atreven a contradecir la opinión del vulgo, que tiene por apoyo de sus ilusiones la majestad del Estado que le protege" (Maquiavelo, 1968:137). Además, será necesario para un gobernante recurrir a la mentira y obrar contra las virtudes humanitarias si quiere mantener el orden de su Estado.

Maquiavelo se centra en el hombre político. Es decir, se interesa por el accionar político y no por su comportamiento privado, con su familia, con amigos o con Dios (Burnham, 1986:58). Diferencia dos tipos de hombre político: los gobernantes y los gobernados, los grandes y el pueblo; los primeros desean dominar mientras que el segundo desea no ser oprimido. De acuerdo a la visión de James Burnham (1986), Maquiavelo considera que los grupos minoritarios son los que se ocupan activamente de la política, mientras que la mayoría de los hombres se caracterizan por la pasividad y exceptuando casos particulares, no se preocupan por el poder (Burnham, 1986:60). Es por este motivo que resulta preferible conseguir la soberanía con el auxilio del pueblo y no con el de los grandes. En este último caso, el príncipe se encuentra rodeado por personas que se consideran iguales a él, a las que no puede manejar o contener. En cambio, aquellos que tienen al pueblo de su lado, no encuentran ningún hombre que quiera desobedecerlos. Por otro lado, el príncipe que tiene por enemigo a su pueblo jamás se verá seguro: en primer lugar, porque éste se compone de una cantidad muy grande de hombres; en segundo lugar, porque el pueblo es uno solo y no se lo puede reemplazar. En cambio, cuando el príncipe no cuenta con el apoyo de los grandes, puede buscar otro grupo de hombres poderosos que lo respalde.

Maquiavelo considera a la violencia como un instrumento primordial para acceder al poder, ya que varios elementos de la actividad política no pueden ser controlados sin aplicar la coerción o al menos la amenaza de la fuerza. Sin embargo, no plantea un uso indiscriminado, sino orientado a obtener ciertos resultados. Su incorrecta utilización acarrea perjuicios para el príncipe. Sheldon Wolin hace referencia a la *economía de la violencia* como "una ciencia de la aplicación controlada de la fuerza" (Wolin, 2001:239). Este concepto refiere a la utilización adecuada de la coerción, que no puede ser ejercida de cualquier manera sino bajo ciertos parámetros y con determinadas circunstancias. Maquiavelo establece que existe un buen y un mal uso de la violencia:

"Permítame llamar buen uso de los actos de rigor el que se ejerce con brusquedad, de una vez, y únicamente por la necesidad de proveer la seguridad propia, sin continuarlos luego, y tratando a la vez de encaminarlos cuanto sea posible a la mayor utilidad de los gobernados. Los actos de severidad mal usados son aquellos que, pocos al principio, van aumentándose y se multiplican de día en día, en vez de disminuirse y de atenerse a su primitiva finalidad.(...) Es menester, pues, que el que adquiera un estado ponga atención en los actos de rigor que le es preciso ejecutar, a ejercerlos todos de una sola vez e inmediatamente, a fin de no verse obligado a volver a ellos todos los días, y poder, no renovándolos,

tranquilizar a sus gobernados, a los que ganará después fácilmente, haciéndoles bien." (Maquiavelo, 1968:72)

De este párrafo se desprenden varias recomendaciones en torno al uso de la violencia. En primer lugar, es importante aplicar la fuerza de una sola vez, para no tener necesidad de repetirla. Es decir, todos los actos de crueldad deben cometerse una única vez en el tiempo, ya que de este modo son menos ofensivos. Además, los gobernados se tranquilizan sabiendo que la violencia no será ejercida en oportunidades futuras. En cambio, el hecho de aplicarla en sucesivas ocasiones hace que los súbditos desconfíen constantemente del príncipe. Y esa desconfianza conlleva a que el príncipe tampoco pueda confiar en sus súbditos, y se vea forzado a disponer de la utilización de la fuerza en cualquier momento. Por otro lado, es fundamental ir disminuyendo el uso de la coerción a lo largo del tiempo. Cuando se la utiliza de este modo, los gobernados ven el lado positivo y se contentan con este hecho. Por eso, el buen o mal uso de la fuerza está determinado por la disminución o el aumento de su aplicación. Cuando un príncipe logra tomar el poder de un Estado sin utilizarla, los súbditos consideran que de esa forma seguirá gobernando. Pero como la fuerza es un instrumento necesario, en algún momento habrá que emplearla, lo que no redundará en un beneficio para el príncipe sino todo lo contrario. En estas circunstancias, el príncipe se encuentra en un callejón sin salida: si no utiliza la fuerza, no podrá conservar el Estado, pero si la utiliza tampoco podrá hacerlo, ya que no la ha empleado en un inicio y por lo tanto la está usando de manera incorrecta. Además, la violencia debe estar orientada a una finalidad. Su uso indiscriminado no conlleva beneficios, sino que debe aplicarse cuando es necesaria para tomar el poder o mantenerlo. La crueldad no es positiva si se la utiliza inescrupulosamente; lo que no se debe, como mencionamos anteriormente, a una valoración moral. A Maquiavelo no le interesa si el ejercicio de la violencia está encuadrado o no dentro de la moralidad, lo que le importa son los resultados políticos a los que se orienta su utilización. El hecho de aplicarla porque sí, sin ningún fin, no es beneficioso políticamente, ya que ello genera odio, desconfianza y aprensión entre los gobernados.

Más allá del buen uso de la violencia, Maquiavelo destaca que siempre es importante contar con el favor del pueblo: "Por muy fuertes que sean los ejércitos del príncipe, éste necesita siempre el favor de una parte, al menos, de los habitantes de la provincia, para entrar en ella" (Maquiavelo, 1968:20). De todos modos, cabe destacar que lo anterior no le resta importancia a la posesión ejércitos, fundamentales para proteger a los hombres y que estos sientan afecto por el príncipe al sentirse defendidos. Al respecto, Maquiavelo destaca la relevancia de que el ejército esté conformado por ciudadanos armados, no por mercenarios: "Si un príncipe apoya su Estado en tropas mercenarias, no se hallará seguro nunca, por cuanto esas tropas, carentes de unión, ambiciosas, indisciplinadas, infieles, fanfarronas en presencia de los amigos y cobardes frente a los enemigos, no tienen temor de Dios, ni buena fe con los hombres" (Maquiavelo, 1968:94). Como no hay ningún motivo que los apegue al príncipe, más que su sueldo, cuando sobreviene la guerra, quieren huir. Además, las tropas mercenarias conquistan con lentitud y cuando fracasan lo hacen de manera brusca y repentina.

Por otro lado, Maquiavelo destaca que los príncipes no solo cuentan con la fuerza sino también con la ley. Esta última es propia de los hombres mientras que la fuerza

corresponde a los animales. Pero, como en muchas ocasiones los hombres actúan como animales no basta con la ley, se impone entonces la utilización de la fuerza. Por lo tanto, un príncipe debe saber manejar ambos recursos. Lograr el buen equilibrio de las acciones es una gran competencia de los buenos liderazgos. En resumen, esta idea negativa de la esencia humana, que por lógica derivará en un potencial estado de guerra entre los hombres, será justamente lo que para Maquiavelo justifica su obsesión por la política; pues es la política la actividad por la cual se logra ordenar las pasiones humanas. Es claro, si el mundo estuviera formado por "buenos salvajes", la política carecería de sentido e interés (Unzué, 2002:18).

Los fundamentos de la Monarquía Absoluta

Al comenzar *El Príncipe*, Maquiavelo establece que los Estados que "ejercieron y ejercen todavía una autoridad soberana sobre los hombres, fueron y son principados o repúblicas" (Maquiavelo, 1968:13). En los primeros, la soberanía recae sobre un solo hombre, mientras que en las segundas sobre más de uno. Si bien estas últimas son las más perfectas, la monarquía puede ser necesaria en ciertos momentos particulares de desorden. Esto es, justamente, lo que se expresa en *El Príncipe*: teniendo en cuenta la desunión de Italia, la figura del príncipe es fundamental para lograr la unificación y establecer el orden. Este actor aparece como necesario en sociedades corrompidas y decadentes, donde están ausentes la rectitud, la devoción por el bien común y el espíritu religioso. En estos casos, teniendo en cuenta el egoísmo y la maldad que caracterizan a los hombres, solo un monarca absoluto puede crear una sociedad fuerte y unificada. Concepciones que sin hacer mención alguna, serán utilizadas por Tomas Hobbes un siglo después en la edición de *El Leviatán*.

En efecto, en condiciones excepcionales, de formación, reforma o crisis de un Estado, el príncipe se convierte en un actor fundamental. En sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Maquiavelo explica que es poco usual que un Estado sea reformado u ordenado desde el principio si no interviene la figura de un legislador todopoderoso. Por lo tanto, para la fundación o la reforma de un Estado es necesaria la presencia de un príncipe de poder absoluto. La ley es fundamental para el surgimiento de la virtud cívica que requiere un Estado unificado y fuerte, y para su promulgación es necesaria la presencia de un legislador. Por esta razón Maquiavelo arriba a la conclusión de que el monarca puede utilizar todos los medios que sean necesarios para este fin. De acuerdo con lo señalado por Copleston (1994), "El cinismo moral expresado en *El príncipe* no constituye en absoluto la totalidad de la doctrina de Maquiavelo; antes bien, está subordinado al propósito final de crear o reformar lo que él veía como el verdadero Estado" (Copleston, 1994:302).

Tal como venimos sosteniendo, no cualquier príncipe puede encarar la dificultosa tarea de ordenar un Estado. Los gobernantes deben tener en cuenta los puntos mencionados anteriormente para ser exitosos en la consecución de sus fines. Pero eso no es todo: además, es importante tener en cuenta la existencia de la fortuna, el azar. Maquiavelo explica que a aquellos príncipes que llegan al poder únicamente gracias a la fortuna les cuesta mucho mantenerse, no saben hacerlo ya que han vivido durante períodos prolongados bajo su condición privada, sin vínculo con la actividad

pública. Por otro lado, "Semejantes príncipes no se apoyan en más fundamento que en la voluntad o en la suerte de los hombres que los exaltaron, cosas ambas muy variables y desprovistas de estabilidad en absoluto" (Maquiavelo, 1968:51). Sin embargo, como vemos hasta aquí, la monarquía absoluta no es la mejor forma de gobierno, sino una que resulta necesaria en ciertas circunstancias particulares. La república libre, que fue concebida por Maquiavelo tomando como modelo a la República Romana, es superior a la monarquía ya que resulta más estable. Además, el bien general -consistente en el mantenimiento de las libertades del pueblo- existe en las repúblicas, pero no en las monarquías, donde el príncipe se preocupa mayormente de sus intereses privados. Será entonces la república el modelo político más avanzado y garantía de orden y convivencia pacífica, siempre y cuando se proceda según la ley que deberá estar más allá de cualquier interés.

Es posible que el pensamiento del florentino parezca algo contradictorio, ya que combina "la admiración por la república libre con una doctrina del despotismo monárquico" (Copleston, 1994:302). Sin embargo, Maquiavelo es claro: para que pueda fundarse o regenerarse un Estado, es necesaria la figura de un legislador monárquico. En cambio, aquellos Estados que ya se encuentran bien ordenados solo pueden mantenerse bajo la existencia de una república.

Conclusiones

A lo largo de este capítulo abordamos la obra de Maquiavelo desde distintos puntos de vista, con el objetivo de comprender sus planteos principales y entenderla dentro del marco histórico en el que fue escrita. Como mencionamos, Maquiavelo es tal vez el pensador más importante de su tiempo, un clásico que mantiene vigencia y nos sirve para pensar nuestra política contemporánea. En este sentido, uno de sus mayores aportes fue la autonomía de la política, porque separarla, disociarla de la moral y la religión es un paso fundamental que permite plasmar su independencia como esfera de actividades diferenciada y autorreferencial. La moralidad y la religiosidad quedan en el plano privado o personal y lo que a los ciudadanos -súbditos- de un Estado debe importarnos es el plano público. Parece obvio, pero no lo es y fue Maquiavelo el gran precursor en esta manera de pensarlo.

Es importante destacar que para Maquiavelo la religión no era el obstáculo por superar. De hecho, él se reconocía como un creyente confeso. En su análisis tampoco importan el dogma ni sus planteos, en qué medida los fieles siguen sus preceptos ni por qué lo hacen. Lo que sí importa es que la Iglesia (como institución) tiene incumbencia sobre ciertos asuntos públicos y en este sentido, adquiere relevancia en el plano político. Por eso Maquiavelo critica el rol que la Santa Sede ejerce en Italia, no porque difunda ciertas nociones de moralidad y formas de comportamiento correctas, sino porque es uno de los artífices de la desunión italiana. Es decir, es uno de los impedimentos, si no el principal, que obstaculizan que Italia deje atrás su pasado de división interna y se convierta en un verdadero Estado moderno tal como sus vecinos de Europa occidental. En vinculación con lo anterior, Maquiavelo planteará un uso correcto de la violencia. Este último, es un recurso sumamente importante para conservar un Estado. Si bien puede atentar contra la moralidad, recordemos también

que siglos después todas las ciencias sociales coincidirán en plantear lo mismo. Por lo tanto, el uso de la fuerza no es malo ni bueno en sí mismo, sino que hay que analizarlo desde el punto de vista político y teniendo en cuenta los fines a los que se dirige y el contexto en que se desarrolla.

Su utilización de la historia como instrumento que permite analizar situaciones pasadas y a partir de las cuales se pueden hacer generalizaciones es otro de sus grandes aportes, ya que permite que los futuros gobernantes tengan un parámetro acerca de cómo hay que actuar. Es necesario revisar experiencias anteriores para conducirse correctamente y no cometer los mismos errores. Como esta es una tarea ardua, que puede resultar compleja y extensa, Maquiavelo ofrece un tratado con el objetivo de que los príncipes no deban realizar este proceso: "(...) un libro con el que nos será fácil comprender en pocas horas lo que a mí no me ha sido dable comprender sino al cabo de muchos años, con suma fatiga y con grandísimos peligros" (Maquiavelo, 1986:10). De esta forma, Maquiavelo ofrece esta obra como un elemento que brindará a los gobernantes presentes y futuros algunas pautas a tener en cuenta: "Si os dignáis leer esta producción y meditarla con cuidado reconoceréis en ella el propósito de veros llegar a aquella elevación que vuestro destino y vuestras eminentes dotes os permiten" (Maquiavelo, 1968:11). En particular dedicada a Lorenzo el Magnífico, cualquier gobernante de cualquier tiempo podrá obtener de ella lineamientos de acción. Aparecerá aquí y por primera vez una clara intención científica; basada en la observación y la posterior elaboración de una teoría social, que ubica a Maquiavelo como el padre de la ciencia política. Sin embargo, muchos autores han considerado a Tomas Hobbes para tal honor. En realidad -y teniendo en cuenta que Hobbes no basaba sus conclusiones en la observación, sino mas bien en un profundo proceso de introspección teórica del tipo hipotético-deductivo-, su fascinación por las matemáticas y la baja referencia histórica de sus escritos permitirían colocarlo en el mejor lugar de fundador de la filosofía política más que de una ciencia, por primitiva que esta fuera.

Otro aspecto importante del autor y considerando la relevancia del contexto histórico para comprender su obra y sus motivaciones, dedicamos un apartado especial con el objetivo de situarlo en un tiempo de transición en el cual lo antiguo no termina de desaparecer y lo nuevo no termina de afirmarse. El fundamento principal de esta forma de abordar el capítulo tiene que ver con la importancia de tomar conciencia del punto de inflexión que significó el pensamiento de Nicolas Maquiavelo y considerar sus escritos dentro de ese marco para entenderlos con la complejidad que los acompaña. Todo lo anterior apunta hacia un mismo fin: la unificación italiana. Esta es la motivación que lo lleva a Maquiavelo a escribir *El Príncipe*, que se manifiesta con mayor o menor presencia en todos los temas tratados en estas páginas: la secularización, que permite dejar de lado la moral en el plano político y orientar el actuar del gobernante hacia la consecución de los fines políticos, para lo que requiere necesariamente utilizar correctamente el recurso de la fuerza. La concepción negativa del hombre, que lleva al gobernante a actuar de determinada manera, simulando que no lo hace así, porque los hombres son fáciles de engañar. La necesidad de instaurar, en un primer momento, una monarquía absoluta que dé cuerpo al Estado italiano, sacándola del atraso y ubicándola a la par y en

competencia de sus vecinos europeos. El rechazo hacia la Iglesia, como uno de los bolsones más importante de corrupción y causante de la desunión italiana.

Maquiavelo, entonces, escribe con este objetivo en mente: cómo llevar adelante la unificación. Su respuesta podría ser la siguiente: mediante un príncipe, Lorenzo el Magnífico, que encabece este proceso en un momento sumamente beneficioso para hacerlo, teniendo en cuenta las pautas brindadas por el autor, con el objetivo de evitarle a esta figura la necesaria tarea de recabar comportamientos históricos para entender de qué modo hay que actuar.

“Después de haber meditado sobre cuantas cosas acaban de exponerse, me he preguntado a mí mismo si existen ahora en Italia circunstancias tales que un príncipe nuevo pueda adquirir en ella más gloria y si se halla en la nación cuanto es necesario para proporcionar a aquel a quien la naturaleza humana hubiera dotado de un gran valor y de una prudencia poco común la ocasión de introducir aquí una nueva manera de gobernar por la que, honrándose a sí mismo, hiciera la felicidad de los italianos. La conclusión de mis reflexiones en la materia es que tantas cosas parecen concurrir en Italia al beneficio de un príncipe nuevo, que no sé si se presentará nunca coyuntura más propicia para semejante empresa” (Maquiavelo, 1968:195).

Bibliografía

- Bobbio, Norberto; Diccionario de política. Tomo 2. 12ª ed. México, Siglo Veintiuno Editores, 2000.
- Burnham, James; Los maquiavelistas. Buenos Aires, OLCESE, 1986.
- Copleston, Frederick; Historia de la filosofía. 3: de Ockham a Suárez. 3ª ed. Barcelona, Editorial Ariel, 1994.
- García Raggio, A. M. (comp.) *Del Poder del discurso al discurso del poder. Una mirada introductoria sobre la obra de Nicolas Maquiavelo*. Unzué Martín. Buenos Aires, Eudeba, 2002.
- Jmelnizky, Adrián; “Nicolás Maquiavelo: La secularización del pensamiento social”, en *Dialogando con la Filosofía Política*. Buenos Aires, Eudeba, 2005.
- Kofler, Leo; Contribución a la historia de la sociedad burguesa. 2ª ed. Buenos Aires, Amorrortu, 1997.
- Maquiavelo, Nicolás; El Príncipe. Buenos Aires, Santiago Rueda Editor, 1968.
- Romano, Ruggiero; Tenenti, Alberto; Los fundamentos del mundo moderno: Edad Media tardía, Renacimiento, Reforma. 11ª ed. España, Siglo XXI Editores, 1980.
- Touchard, Jean; Historia de las ideas políticas. 2ª ed. Madrid, Editorial Tecnos, 1964.
- Wolin, Sheldon S.; Política y perspectiva. Buenos Aires, Amorrortu, 2001.